

LAS ESCALINATAS DE LEÓN XIII

Prof. Dr. Pedro A. García Bilbao¹

Universidad Rey Juan Carlos

Promoción 1983-1988 Facultad León XIII

Hay ocasiones en la vida de un sociólogo en las que la mirada ha de volverse sobre sus años de facultad, el entorno aquel de los días en los que comenzó su machadiano labrar, y aunque no es ésta tarea que sea única de ellos, la mirada del sociólogo es la que es y puede hacer que el resultado acabe siendo algo más que una simple evocación de la vida estudiantil con lo que tiene de nostalgia por la juventud y aquellos tiempos en los que el futuro se abría ante nosotros. Este esfuerzo puede ser útil, pruebas hay. Sin pretender hacer relación exhaustiva de nada, recuerdo lo interesante e instructivo que me pareció el libro de Bennet M. Berger “La sociología como profesión: Autobiografía intelectual de veinte sociólogos norteamericanos”, en el que en los textos que se ofrecen, hay parte casi siempre de la experiencia vivida en su tiempo de estudiantes.

Muchos de los que fueron mis maestros y profesores compartieron, fuere en sus escritos o en sus clases, evocaciones de su época de estudiantes y dejaron claro cómo el entorno, el ambiente y la relación con los que fueron sus propios profesores les influyó en gran manera. En la León XIII, por razones diversas y una de ellas la escala, los profesores nos eran muy accesibles y eso rendía sus frutos; aprendimos de la trayectoria y experiencia de todos ellos, y no solo del contenido formal de los programas. González-Estéfani y Robles – impartía Historia de las ideas y el pensamiento político—, se había doctorado en la universidad de Friburgo (también D. Ángel Berna estuvo en esa universidad alemana) y en clase nos quedábamos absortos cuando nos hablaba del impacto que le produjo aquella experiencia personal

1 Pedro A. García Bilbao es profesor (TU1) en el Departamento de Comunicación y Sociología de la Universidad Rey Juan Carlos URJC. Cita de este texto: García Bilbao, Pedro A. (2024): “Las escalinatas de León XIII”, en Ruiz Alonso, F., *Facultad de Ciencias Políticas y Sociología León XIII*, Fundación Pablo VI, Madrid, pp. 118-128

e intelectual, o cuando desarrollaba los temas y los convertía en una narración esclarecedora, llena de matices y detalles. Igual pasaba con los antropólogos José Carmelo Lisón, que fue un joven profesor con Marvin Harris en Florida, y Secundino Valladares que había estado en Texas y luego en la universidad de California en tiempos de luchas sociales del movimiento sindical chicano en los campos de naranjos y de movilizaciones pro-derechos civiles. Tuvimos la inmensa suerte de tener unos profesores espléndidos que supieron compartir con nosotros sus experiencias y sus aprendizajes. Cito a estos dos, a otros también más adelante, pero eran todos; no solo eran sus vivencias personales y su riqueza curricular, sino sobre todo su valía humana, su cercanía, su volcarse en nosotros y convertir el salón de clase en una ventana maravillosa. La León XIII era eso, un lugar en el que los que fuimos sus alumnos pudimos aprender durante cinco años de licenciatura de profesores excepcionales.

¿Por qué no siguió la León XIII? Su cierre constituyó una pérdida para la sociedad española. Centros universitarios de excelencia dicen ser muchos, usan el calificativo como parte de sus estrategias de publicidad, cuando excelencia es una condición que no se puede autoasignar, sino que han de ser los demás los que lleguen a esa conclusión sobre ti. Para nosotros lo fue en muchos aspectos, globalmente desde luego que fue excelente, por mucho que algunos elementos (departamentos, investigación, proyección internacional, reproducción del profesorado, carrera académica) hubieran podido mejorarse mucho. Fue la León XIII un hermoso empeño, brilló unos años, fue una realidad, tuvo un inmenso potencial de desarrollo y futuro, pero tras unas décadas el impulso no pudo mantenerse. Hoy se nos piden a quienes fuimos allí alumnos, nuestros recuerdos para estas páginas, no tanto diagnósticos ni autopsias.

Para el lector ajeno a la facultad convendría decir que el profesorado de la León XIII no era exclusivo de la Pontificia por regla general. En su casi totalidad, el profesorado era gente bregada y con experiencia y carreras académicas potentes en la universidad pública o en universidades extranjeras. Muchos tenían licenciaturas o doctorados en la Pontificia o con fuertes lazos con el Instituto Social León XIII; prácticamente todos contaban con una experiencia internacional muy intensa. El listón estaba muy alto. Podrían aquellos profesores andar en sus universidades de referencia y sus departamentos empeñados en sus propias batallas, pero acudían puntuales a su compromiso en la León XIII. Era algo vocacional. No es de extrañar el ambiente intelectual allí creado por sus profesores, entregados cada uno a su modo a la tarea de desandar el camino para nosotros sus alumnos y acompañarnos en el viaje de aprendizaje y formación de forma que

pudiéramos seguir por nosotros mismos. Recordar la facultad es recordarles a ellos, pero debo centrarme en un solo hilo, pues no voy a poder, al menos hoy, dedicarles a todos el espacio debido.

No empleo el concepto de años de formación porque sabemos que ésta, sencillamente, no acaba nunca, es ese un periodo que se prolonga hasta el mismo final. Recuerdo al prof. Caballero, sociólogo formado en Berkeley un tiempo —fue discípulo de Smelser— y prof. de Conducta Desviada en León XIII, diciéndonos que nunca había estudiado tanto como cuando salió de la facultad inicial. Esto es más sencillo, necesitaba centrarme en nuestra Facultad, en el tiempo que allí estuvimos, en cómo era y cómo la vivimos, sabiendo que era tanto un lugar material como un espacio moral, social y humano en el que estuvimos inmersos en años cruciales de nuestra vida.

La Facultad León XIII fue un factor de nuestra historia personal, pero tuvo también como tal entidad una vida propia, nacida de un sueño y como la expresión material de una lucha por ofrecer a la sociedad española un centro de estudio especializado en Ciencias Sociales y Sociología desde el espacio moral del catolicismo social representado por la Fundación Pablo VI y al amparo académico de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Latía en la León XIII una esperanza que fue convicción en Herrera Oria, y en Ángel Berna, la de que de aquellas aulas y estudios saldrían los profesionales jóvenes que la sociedad española necesitaba para su buen desarrollo, formados en una vocación de servicio y respeto a sus conciencias. Tengo que decir que allí lo que se respiraba era que fe y conocimiento no estaban enfrentados y que indagar en lo desconocido y en las realidades humanas con las armas de la ciencia social, eran tarea necesaria para hacer frente a las necesidades nacidas del desarrollo social e industrial y sus impactos sobre la vida de los seres humanos. Hago constancia del ambiente de respeto intelectual y moral a la conciencia de todos que se profesaba y que hacía que cuantos pasamos por la Facultad, independientemente de los fervores personales de cada uno, hiciéramos también nuestro lo esencial de los valores de la institución y aquellas convicciones.

¿Cómo llegué a León XIII? Pregunta muy procedente. Fue en 1983. Hoy tengo en mi despacho de la universidad, la orla de mi promoción (1983-88) y al verla mis propios alumnos se hacen preguntas por lo profundo del tiempo, pues la cota esa del 83 les parece de lo más remoto. Ocurre que en el curso 82-83 estudiaba yo Derecho en Alcalá de Henares y al acabar el año académico me dije que ya estaba bien y que en realidad aquello no me interesaba. Sociología, Ciencias Políticas o Historia eran materias que me resultaban mucho más atrayentes. En aquellos años funcionaban los distritos

universitarios de pertenencia, lo que significaba que de haber estudiado el bachillerato y el COU en uno, se debía escoger Facultad dentro del propio distrito. Marché a Madrid, yo vivía en Guadalajara, y pedí plaza en la Complutense en la Facultad de Historia. Aquel verano, decidido a reorientar mis pasos como estaba, hice un largo viaje. La ventaja del viaje en tren es que puedes parar en donde te parezca y además vas lo bastante despacio para hacerte con el paisaje y sus gentes. Estuve en Venecia, en Trieste y luego, ya en Yugoslavia, quedé muy impresionado por un Sarajevo lleno de facetas y profundidades, recorrí Grecia y llegué a Estambul, donde dormí en un albergue casi al caer de Santa Sofía. Pero fue en una playa griega en las Cícladas, lo digo porque fue así literalmente, donde tomé una decisión que sin duda cambió mi futuro. Había visto en la prensa antes de salir de viaje, un pequeño pero completo anuncio de la Facultad de Sociología “León XIII”, de la Pontificia de Salamanca y que radicaba en Madrid, sin necesidad alguna de pedir traslado de expediente universitario. Así que me dije: al volver, si me aceptan me voy a la León XIII. Tal cual lo hice.

Llegó septiembre. Y un día me vi ante las escalinatas de la Facultad. Eran una cosa pétreo bastante notable. El vestíbulo del edificio quedaba elevado sobre la calle, una placita interior, por razón de los desniveles por los que bajaba la avenida de la Moncloa que venía desde Reina Victoria, se cruzaba con Juan XXIII, donde estaba a un lado la Escuela Diplomática y al otro el C.M. Chaminade, hasta empalmar con Gregorio del Amo donde en una curva a la altura de la Escuela de Organización Industrial, se alzaba la trasera de la Facultad, pues su fachada principal se vuelve hacia dentro. De caja imponente, el edificio tenía y tiene una disposición singular. Una caja rectangular puesta de pie, cruzado a la altura del segundo piso por otra caja rectangular a su vez de dos pisos y otro color. La Facultad estaba en los dos primeros pisos, y en el tercero y cuarto se encontraba una residencia universitaria.

Al entrar por la puerta, encontré un amplio vestíbulo con pasillos abiertos en los lados que daban acceso a aulas o despachos, escaleras y un ascensor de esos de puertas estrechas de madera y cristal. A la derecha, al fondo, el aula de primero, a la izquierda, la de segundo. El espacio llamaba la atención por su amplitud vertical. El segundo se abría con un amplio patio a la primera, que dejaba en vacío el centro de la planta. Estaba allí el aula de tercero, que daba a la fachada. Las aulas de cuarto y quinto se repartían por otras zonas o la planta sótano. Secretaría, con una puerta con cristal esmerilado y un ventanuco, estaba también en el segundo. Algo realmente curioso es que si subías al tercer y cuarto piso, te encontrabas clonada la disposición de vestíbulo y patio interior de primero y segundo. Las aulas

tenían, en su mayoría, mesas de madera rectangulares largas muy características.

Si te asomabas a la placita de acceso saliendo del edificio desde las escalinatas, veías al frente un edificio alargado y bajo, de traza muy moderna, donde estaban la biblioteca y un salón de actos enorme. A la izquierda según salías, estaba la masa de un colegio mayor volcado a la avenida de Juan XIII y que tenía su propia vida. A la derecha está la calle Bartolomé Cossío. A la misma altura y en la otra acera, el C.M. Del Amo con su, para nosotros, mítica cafetería y en la que los estudiantes de León XIII nos provisionábamos de bocadillos en caso de urgencia.

Aquel primer año fuimos en clase aproximadamente 35 alumnos, de los que acabamos la carrera en torno a 28. Tal vez debiera hacer la semblanza de mis compañeros, pero no pudiendo nombrarles a todos pudiera no ser justo por mi parte dejar a unos o caracterizar a otros. Debo decir que les recuerdo con inmenso cariño. Fueron excelentes condiscípulos. Seguirían un camino u otro, mas a todos recuerdo. A esta altura de la vida, en la que ya sabemos de sus pendientes y de sus heridas, el recuerdo de los años en León XIII, de lo que vivimos como alumnos y como amigos en aquel tiempo es de lo mejor que nos ha pasado. Aquello que llamamos *la León XIII* tenía casi todos los elementos para que fuera un éxito pedagógico, al menos unos cuantos de los importantes: uno de ellos era un gran plantel de profesores muy formados, otro unas promociones no muy numerosas lo que facilitaba la interacción en el aula entre los alumnos y de estos con el profesor. En mi vida profesional he tenido que hacer frente a cursos con noventa o más alumnos por aula y tener cinco grupos de ese tamaño. En León XIII la escala era otra. Los problemas venían por otros lados y tampoco eran cuestiones de las que pudiéramos darnos cuenta los alumnos, al menos, en un principio.

El primer curso lo pasé viviendo en Guadalajara y marchando a Madrid a clase cada día. Iba en tren o en coche, pero cada tarde de clase me resultó fascinante. En segundo año, viví en una pensión de una señora mayor en la calle Guzmán el Bueno, en tercero tuve que cambiar de residencia varias veces (era el año de la *movida* y tuve un apartamento delante de la *Vía Láctea* en Malasaña). En cuarto, compartí piso en la calle Madera, junto a San Bernardo, con dos compañeros, Murúa, de Ferrol y Vallés, de Melilla. Fue un año excelente (excepto para el transbordador espacial Challenger cuya explosión vimos en directo por televisión). En quinto año, ante la dificultad creciente de encontrar alojamiento en Madrid, acudí a D. Ángel Berna y le expliqué. D. Ángel, allí sentado en su despacho, con su traje impecable, su marcado acento aragonés y una mirada a la que nada se escapaba, me hizo

una radiografía completa. Salí de allí con una plaza en la residencia universitaria situada en nuestro mismo edificio. Sería algo estupendo. Vivía literalmente dos pisos encima del aula, era cosa de tomar el ascensor y ya estabas. Los residentes eran sobre todo opositores a cuerpos del estado, fiscales, jueces, registradores, gente seria. Al final del pasillo resultó que tenía su habitación un destacado miembro de la Conferencia Episcopal. Digamos que el ambiente era, desde luego, muy tranquilo. El elemento potencialmente más conflictivo podría ser un servidor. Pero debo decir que me pareció maravilloso y la cosas fueron muy bien. Aquel año obtuve dos matrículas de honor y aprobé todo en junio. Mi gratitud y respeto a D. Ángel, perdura.

En León XIII fue donde escuché por primera vez muchas palabras. Dos de ellas, fueron globalización y mundialización. Fue el profesor D. Luciano Pereña quien nos diera Teología de la Realidad Social, de quien escuchamos, al menos fue ese mi caso, tales conceptos, en el contexto de los estudios que realizaba entonces sobre el aniversario de la Escuela de Salamanca.

He citado ya a José María González-Estéfani y Robles. Quisiera compartir un recuerdo que nos habla de por qué a algunos profesores universitarios los llamamos maestros. Y es que de éstos hubo más de uno en León XIII. Estábamos una tarde ya a la noche, en la calle Princesa de camino a casa cuando mis colegas Victoria Arbesú y, creo recordar, Gustavo Corzo, nos cruzamos con el profesor Estéfani. Nos saludó muy amable y se interesó por nosotros. Teníamos un trabajo pendiente con él y nos ofreció acceso a algunos libros. Le acompañamos a su casa —por allí mismo en la zona de Princesa— y nos mostró su biblioteca, que era magnífica no por la factura de estantes y muebles sino por lo cuidado de su contenido, labor de muchos años. Fue fascinante. Nos fue mostrando y explicando obras y autores, hiló una narración tan analítica como descriptiva y finalmente nos dejó los títulos prometidos. Fue un momento que no olvidamos. Años más tarde supe por la prensa que tras su fallecimiento —no se casó ni tuvo hijos—, la familia se había deshecho de los libros vendiéndolos al peso. Nunca le perdonaron haber ido a Friburgo y volver cambiado.

Tengo por fuerza que citar al profesor Sánchez de Horcajo (Sociología de la Familia), a Sánchez Jiménez (Historia social) a Luis Buceta Facorro (Psicología Social), a Antonio Izquierdo (Población), a Capelo (Política Económica), a Arnal (Técnicas de Investigación Social), Carlos Valverde (Teología de la Realidad Social I) y a muchos más sin que me quede espacio para ello. He de recordar, no obstante, a D. José Jiménez Blanco, que nos diera Sociología General en primero y que por tanto fue de los que más nos marcó en la carrera. Obtuve Matrícula de Honor con D. José. Recuerdo que

un día le encontré en la Gran Vía, yendo yo con mi madre y él con su hija Agnes; estuvo educado y cercano, todo un caballero; yo no era más que un modesto estudiante de primero, pero él sabía tratar a la gente con consideración. Hacíamos todo lo posible por que nos contara cosas de su vivencia en Estados Unidos, en la universidad de Chicago, con Amos Hawley cuya obra sobre Ecología Humana había traducido. Otro profesor de impacto fue Abad Buil (Metodología de las ciencias sociales), alguien que daba las clases con una energía y entrega pocas veces vista. Aunque para impacto, el del profesor Octavio Uña Juárez, quien sería mi director de tesis y posteriormente me abriera la puerta a la carrera académica como docente e investigador en la universidad. Uña era profesor en quinto de carrera y daba Sociología del Conocimiento. Es alguien dotado de una gran capacidad expresiva —es poeta— puesta al servicio de su erudición, sus clases eran para todos los alumnos un verdadero desafío, pues su discurso era complejo y lleno de matices, donde desgranaba autores, conceptos, tendencias, en una visión de conjunto amplia que no hurtaba nada. Si eras capaz de seguirle es que ya nada te arredraría. Los apuntes que se obtenían eran una joya, llenos de referencias bibliográficas y mapas conceptuales.

Si he renunciado a traer a mis condiscípulos a estos recuerdos, debería hacerlo también con los profesores, pero se ve que no he podido evitarlo. A sabiendas de que soy injusto al no citarlos a todos, los que he citado ocupan un espacio en nuestro corazón. Una universidad es eso también, una suma de profesores y estudiantes que forman comunidad como vino a decir Alfonso X hace unos cuantos siglos.

Un año de mi estancia en León XIII fui claustral —apenas recuerdo los detalles— y hube de ir a Salamanca. Al final, en junio de 1988, el año que me licencié, estuve en la ceremonia de graduación. Vino buena parte de mi familia, mis padres y mis tíos llegados desde Galicia. Brillaba el sol en Salamanca. La luz era un fulgor naranja de cristal que bañaba la piedra del edificio de la Universidad Pontificia. Estábamos en el claustro principal en una escena allí dispuesta. Fue muy hermoso. Gerardo Pastor Ramos, entonces Rector, tomó la palabra, Dijo que íbamos a recibir un reconocimiento, que desde aquel día se nos consideraría licenciados en nuestras disciplinas. Y entonces añadió, pero eso es así en razón de vuestro esfuerzo, de vuestra voluntad de superación en los años de la carrera, al reconocerse vuestro trabajo, pensad, dijo, que es el sacrificio que habéis hecho el que os ha traído hasta aquí. No he olvidado nunca las palabras de Pastor Ramos. Y cuando tengo la tentación de quejarme por algo, me obligo a pensar si acaso habré hecho todo lo que debería haber hecho y trato de alejar la tentación de eludir mi responsabilidad.

Estuve en León XIII entre septiembre de 1983 y junio de 1988, cuando acabé la licenciatura, pero mi relación no acabó entonces. En 1988, justo al acabar, juntamente con un colega de mi promoción, Javier Cobo, ganamos la *Beca de Investigación Jóvenes investigadores UCM-Cruz Roja Española*, lo que me facilitó un año después a entrar a trabajar como sociólogo profesional en el Departamento de Solicitantes de Asilo y Refugiados de Cruz Roja Española-Madrid. Debo reconocer que al tiempo me había surgido otra propuesta laboral desde un colega de estudios de doctorado, persona excepcionalmente bien situada tanto política como laboralmente, pero que decanté por irme con los refugiados. No me he arrepentido nunca.

Siguiendo una senda trazada primero por el sociólogo que me había precedido en el puesto que ocupaba en CRE, estuve en la Universidad de Oxford en el Centro de Estudios sobre Refugiados de esa universidad en un seminario internacional: quedé estupefacto al comprobar que no había apenas presencia española en ese campo en aquel entorno académico de la red de especialistas en Migraciones Forzosas, exceptuando al prof. Pérez de Armiño de la UPV. Debo decir que fue algo que me animó definitivamente a intentar seguir una carrera que combinara trabajo académico con trabajo de campo profesional. Había encontrado en Oxford a dos profesores norteamericanos que habían trabajado con mi profesor de antropología social, José Carmelo Lisón, y que me aconsejaron y apoyaron. A mi inmediato regreso, intenté explorar en la Pontificia algún tipo de conexión y asesoramiento académico que me ayudara a dar el salto al centro especializado de Oxford, pero encontré un vacío insondable entre mi facultad y el departamento de Filosofía de Salamanca al que estaba adscrita; encontré un abismo mudo que no me devolvió la mirada. El caso es que no supe o no me fue posible dar ese salto, pero acontecía que era también el tiempo de asumir mi puesto de sociólogo en el servicio de Cruz Roja. Obtuve una diplomatura en Comunidades Europeas en la Escuela Diplomática, al tiempo que trabajaba efectivamente en CRE y seguí con los cursos de doctorado que acabé en 1992. De ellos recuerdo con especial aprecio un Seminario sobre sectas, que nos fue impartido por el padre agustino Fernando Fernández, profesor de Sociología de la Religión durante la carrera.

Hice los seminarios de doctorado, decía, mientras trabajaba en CRE, y desde entonces mantuve abierta la extensión de plazo para la defensa de la tesis doctoral hasta que finalmente pude defenderla en 2004. Tanto mi director de tesis, el profesor Uña Juárez, como el secretario de la Facultad, Javier Ruíz de Arcaute, me animaron siempre a seguir y no desistir de mi empeño.

Circunstancias profesionales y personales no me permitieron acabar la tesis antes, pero me mantuve en aquella senda. Entre 1994 y 1996 las cosas fueron complejas acabado el primer contrato; recuerdo el año que cumplí 33, me fue muy difícil, recuerdo a mi padre, hombre excepcional, que supo ayudarme a sacar fuerza moral ante la adversidad. Trabajé como sociólogo independiente, asociado con un buen amigo ingeniero, dupla esta de gran potencialidad, diseñé las valoraciones docentes para enseñanzas medias y universitarias en el CEU junto a mi colega de León XIII, Lía Ana Plaza, fui profesor en la Cámara de Comercio en cursos del Fondo Social Europeo y traductor de francés en una fábrica de piensos. Pero mi etapa en Cruz Roja me había marcado. En 1997, volví a CRE, esta vez en su oficina central y me vi de diseñador y coordinador de una Campaña a nivel nacional, como técnico y consultor de la presidencia. En 1998, finalmente, me encontré con dos posibilidades a escoger. Una era de sociólogo en el Arzobispado de Madrid y otra una Beca de Doctorado en el Centro Ramón Carande de la Universidad Rey Juan Carlos, universidad a la que se había incorporado como catedrático mi director de tesis, el profesor Uña Juárez. Hubo que tomar una decisión. Y escogí la carrera académica, o al menos intentarlo. Finalmente, ya en 2000-2001, entré como profesor en la universidad, pudiendo acabar mi tesis y defenderla en 2004. Hace ya por tanto casi un cuarto de siglo que soy profesor universitario y mi labor se ha cruzado con la trayectoria de incontables alumnos. La responsabilidad es abrumadora si se para uno a pensarlo, algo que es ineludible por otra parte. Es esta una labor en la que no basta con hacer lo que buenamente se pueda, sino que se debe estar a la altura. Y no es fácil. A este respecto escribí unas reflexiones² un día de fin de curso, tras la salida del aula de los alumnos de aquel año; quedó todo en silencio y sentí la necesidad de poner en palabras lo que sentía; algo parecido me ha ocurrido con estas páginas sobre la que fuera mi Facultad.

Comencé diciendo que una cosa eran las biografías intelectuales de cada uno (cosa que ni he intentado hacer) y otras las evocaciones de los espacios donde vivimos nuestra vida y formación. Es claro no obstante, que la frontera entre ambas facetas es permeable. He intentado no hacer ideología de mí mismo, pues tengo la obligación de separarla de lo que es mi vivencia de la realidad de la institución, que tuvo su propia historia y su propia evolución y actores. Pero ocurre que la León XIII fue mi *alma mater* universitaria, para todos los efectos, en un sentido u otro. Siempre la he defendido, sobre todo de aquellos que sin conocerla se han atrevido a emitir juicios sobre ella. Hubo mucha entrega, sacrificio, ilusión y respeto, mucho

2 Véase: García Bilbao (2017); “Reflexiones de un sencillo profesor de la Universidad Rey Juan Carlos”, Disponible en URL: <https://acortar.link/hyOMsV>

amor por el conocimiento y por compartir lo aprendido, eso es lo que me transmitieron, cultivar la curiosidad y disciplinarla; pienso que al menos conmigo tal vez no lo lograrán, pero soy muy consciente de que la universidad necesita de ese planteamiento. Fue la León XIII un episodio de la historia universitaria española más, pero España es un país y una cultura donde el verbo que usamos para conjugar esperanza es abrigar, porque nuestra historia es de muchos fríos.

La facultad y el Instituto Social León XIII nacieron de un catolicismo social que tuvo vocación de servicio y no temía al conocimiento, la facultad en sí misma es la mejor prueba de este extremo. Quienes participaron en ese empeño vieron en su vidas cómo su espacio se reducía ante otras tendencias de su mismo campo pero que no voy a entrar a caracterizar, al menos hoy no. Recuperada la democracia pareció que el momento sería más propicio, pero si seguía el impulso era por la voluntad y las convicciones de unos pocos, la inercia del esfuerzo fundacional creaba la ilusión de avance, pero se necesitaba renovación generacional, recursos y vocación de servicio. Y siendo una institución académica, la exigencias de renovación eran también muy importantes. Llegó un día en el que el clima dominante cambió. Un vendaval de intolerancia asoló Caritas, el CEU San Pablo y desde luego las estructuras que amparaban a la León XIII. Me faltan datos y detalles, pero aunque estés en tierra, puedes notar la galerna en el horizonte agitando las aguas y poniendo en dificultad a los navíos.

Los alumnos de la León XIII, al menos los de mi promoción, no supimos mucho de los orígenes de la facultad, tal vez de esto sí, pero seguro que muy poco de los avatares posteriores. Estas palabras de recuerdo de la querida Facultad podrían haberse quedado en unas palabras nostálgicas sobre lo jóvenes que éramos, los años de estudiante, los bocadillos y tequilas en el Del Amo o las cenas en el Vips de Julián Romea al salir de clase. No sería justo. No estaría bien.

España, a diferencia de Inglaterra, ha vivido muchos retrocesos. En Oxford no pasó nunca lo sufrido por Alcalá de Henares. La universidad de Cisneros llegó a ser cerrada y abandonada, su fábrica renacentista al punto de ser convertida en grava para la carretera, el Aula Magna, donde ahora orgullosamente se entrega el Premio Cervantes, quedó expuesta a la lluvia, con nidos de paloma en las quebradas techumbres. La Facultad León XIII cerró sus puertas. No era una Facultad cualquiera, ni nació como un juguete económico de esos mercaderes que abren hoy universidades al peso y de oferta. La Pontificia de Salamanca tiene quinientos años, una universidad on quinientos años es algo muy serio. La León XIII debería haber seguido.

Nadie podrá quitarnos nunca el aprecio íntimo por nuestra Facultad y por cuantos se sacrificaron por ella y dieron lo mejor de sí mismos. Al pensar en todos ellos, lo que prima en mí es la gratitud. El dolor está, claro.

En Guadalajara, invierno de 2024

pedro.garcia.bilbao@urjc.es